

JUAN JOSÉ DELGADO: MISIONERO JESUITA, CIENTÍFICO, CRONISTA Y PALADÍN DE LOS NATIVOS EN FILIPINAS (1697-1755)*

MARÍA AGUILERA FERNÁNDEZ

RESUMEN:

El misionero jesuita Juan José Delgado laboró en Filipinas durante casi 40 años, legándonos una *Historia general sacro-profana, política y natural de las Islas del Poniente llamadas Filipinas*. De su esmerada pero poco conocida obra se desprenden tres aspectos. Por un lado, este religioso fue, aunque autodidacta, un experto antropólogo, médico y botánico que nos legó una vastísima cantidad de conocimientos sobre el archipiélago. Por otro, fue el primer misionero jesuita que, más allá de destacar la labor de su orden, se detuvo a valorar y admirar la grandeza y riqueza de las islas. Por último, Delgado destacó por su defensa de los nativos filipinos como seres humanos racionales, virtuosos y capaces de cualquier actividad, incluido el ejercicio del sacerdocio.

PALABRAS CLAVE:

Jesuitas, Filipinas, crónicas, medicina, botánica, clero indígena.

ABSTRACT:

The Jesuit missionary Juan José Delgado worked in the Philippines for almost 40 years, leaving us an *Historia general sacro-profana, política y natural de las Islas del Poniente llamadas Filipinas*. His careful but little known work three aspects are released. On the one hand, this religious was, though self-taught, an expert anthropologist, physician and botanist who gave us a vast amount of knowledge about the archipelago. On the other, it was the first Jesuit missionary who, beyond highlighting the work of his order, stopped to appreciate and admire the grandeur and richness of the islands. Finally, Delgado noted for his

* Este trabajo se inserta dentro del proyecto de investigación *Fronteras Culturales en el mundo hispánico (ss. XVI-XVII): entre ortodoxias y heterodoxias* (HAR2014-52434-C5-1-P) del Ministerio de Ciencia e Innovación.

defense of the Filipino natives as rational, virtuous and capable human beings of any activity, including the exercise of the priesthood.

KEY WORDS:

Jesuits, Philippines, chronic, medicine, botany, native clergy.

Juan José Delgado fue un misionero jesuita que laboró en Filipinas durante 37 años. Al final de su vida escribió una *Historia general sacro-profana, política y natural de las Islas del Poniente llamadas Filipinas*¹, pero, pese a su envergadura, esta obra ha quedado sepultada bajo las crónicas oficiales sobre la proyección y labor de la Compañía de Jesús en Filipinas². Algunos autores jesuitas han utilizado fragmentos de su *Historia* para narrar las vicisitudes de Filipinas³, pero aparte, más allá de alguna breve reseña biográfica⁴, o de alguna mención aislada⁵,

¹ Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana, política y natural de las Islas del Poniente llamadas Filipinas*, Manila, Imprenta de «Eco de Filipinas» de D. Juan Atayde, 1892.

² Las crónicas oficiales suelen dividirse entre «crónicas mayores» y «crónicas menores». Las obras «mayores» son: Pedro Chirino, SI., *Relación de las islas Filipinas y de lo que en ellas han trabajado los PP. de la Compañía de Jesús*, Roma, Esteban Paulino, 1604; Pedro Chirino, SI., *História de la Provincia de Filipines de la Companyia de Jesús, 1581-1606*, Barcelona, Ed. Pòrtic, 2000; Francisco Colín, SI., *Labor evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús. Fundación y progresos de su provincia en las islas Filipinas*, Madrid, José Fernández de Buendía, 1663; Pedro Murillo Velarde, SI., *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús, Segunda parte, 1616-1716*, Manila, 1749. Las obras «menores», que se ciñen a porciones concretas del archipiélago, son: Francisco Combés, SI., *Historia de Mindanao y Joló, y sus adyacentes. Progresos de la religión y armas católicas*, Madrid, Fernández de Buendía, 1667; Francisco Ignacio Alcina, SI., *Historia de las islas e indios Visayas* (1668), ed. facsímil de M.^a Luisa Martín Merás y M.^a Dolores Higuera, Madrid, Museo Naval, 1974.

³ Antonio Astrain, SI., *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*, vol. VII, Madrid, Administración de Razón y Fe, 1925, pp. 738-760; Horacio de la Costa, SI., *The Jesuits in the Philippines, 1581-1768*, Cambridge-Massachusetts, Harvard University Press, 1967, pp. 535 y 576-579.

⁴ Carlos Sommervogel, SI., *Bibliothèque de la Compagne de Jésus*, vol. IX, Alphonse Picard-Oscar-Schepens, París-Bruselas, 1900, p. 188; Charles E. O'Neill, SI. y Joaquín M.^a, Domínguez, SI. (dirs.), *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús biográfico-temático*, vol. II, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 2001, p. 1077.

⁵ Luciano P.R. Santiago, «The Hidden Light: The First Filipino Priests», *Philippine Studies*, vol. XXXI, 2 (1983), pp. 129-188; Alexandre Coello de la Rosa, «El Fénix en las Marianas (1747)», *Revista de Indias*, vol. LXX, 250 (2010), pp. 779-808.

sólo M.^a Carmen Sánchez Téllez y Leoncio Cabrero han estudiado el personaje⁶, aunque únicamente en su vertiente científica. Nuestra comunicación pretende, por un lado, describir con detalle la obra de Delgado y evidenciar su valor en sus múltiples facetas y, por otro, estudiar al jesuita como hombre y religioso, destacando su férrea defensa de los nativos filipinos.

VIDA

Juan José Delgado nació el 23 de junio de 1697 en Cádiz. Entró en la Compañía de Jesús el 15 de mayo de 1714 en Montilla (Córdoba), fue ordenado sacerdote el 11 de junio de 1724, ya en Manila, y realizó sus últimos votos el 20 de mayo de 1730 en Cebú. Murió el 24 de marzo de 1755 en Carigara (Leyte, Filipinas)⁷. Desafortunadamente no disponemos de datos sobre su infancia y juventud anteriores a su viaje a Filipinas, ni tampoco conocemos con claridad la cronología ni los pormenores de ese viaje ni de su estancia en México, donde parece que se detuvo como hacían tantos otros durante la ruta España-Filipinas, pues las fuentes son contradictorias⁸. Delgado llegó a Manila en calidad de escolar jesuita, al

⁶ M.^a Carmen Sánchez Téllez, «Juan José Delgado S.J. (1697-1755). Antropólogo, médico y boticario en Filipinas», en *Anales de las II Jornadas de Historia de la Medicina hispanoamericana: 26-27 mayo 1986*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Univ. de Cádiz, 1989, pp. 101-130; Leoncio Cabrero, «El padre Juan J. Delgado, creador de la etnohistoria y etnobotánica en Filipinas», *Revista Española de Antropología Americana*, Extra 1 (2003), pp. 387-398.

⁷ Charles E. O'Neill, SI. y Joaquín M.^a Domínguez, SI. (dirs.), *Diccionario histórico...*, *op. cit.*, p. 1077.

⁸ El prologuista de su obra afirma que Delgado partió de España hacia Filipinas en 1711, con sólo 14 años de edad, y deduce que se habría detenido en México largo tiempo porque describe en su obra muchas plantas y frutos mejicanos como observador directo. Miguel Saderra Masó coincide con él. Sin embargo, Sánchez Téllez apunta a 1718 como fecha de embarco, pese a mencionar también la estancia en México, y las fuentes jesuitas indican ese mismo año como fecha de llegada a Manila. El mismo Delgado menciona que viajó a Filipinas en 1718, pero que abandonó España en 1711. Sin embargo, el jesuita no aparece en las listas de pasajeros que partieron de España a Filipinas y, según la documentación del Archivo General de Indias de Sevilla, partió una expedición a Manila en 1709 y otra en 1718, pero ninguna en 1711. Lo indudable es de que en 1719 Delgado estaba ya en Manila, pues él mismo explica que vio los cadáveres del gobernador de la capital, Fernando M. de Bustillo Bustamante, y su hijo, asesinados durante un motín popular. Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, *op. cit.*, pp. X-XI (prólogo), 3 y 168; Miguel Saderra Masó, SI., *Misiones Je-*

parecer en 1718. Allí completó sus estudios e inició su etapa misional en las misiones tagalas de Luzón⁹, siendo ministro apostólico en Taytay, Dalate y San Mateo, cerca de Manila. Más tarde fue enviado a las Bisayas, donde laboró en varias de sus islas. Es difícil reconstruir el paso de Delgado por las distintas misiones del centro del archipiélago, pues sólo contamos con algunas menciones que él mismo realiza en su obra y algún registro puntual entre la documentación jesuita. Según cuenta él mismo, viajó a Cebú en agosto de 1728, pero no habría laborado en las misiones de esa isla (Cebú y Mandaui) hasta el obispado de su amigo Protasio Cabezas de la sede cebuana¹⁰, que se extendió de 1741 a 1752. La documentación jesuita nos indica que el mismo año de su viaje a Cebú se trasladó a la isla Bohol, donde habría misionado en Inabangan y Talibong durante un período largo pero indeterminado, que como mínimo abarcaría de 1728 a 1734¹¹. Hacia 1737 fue destinado a Barugo, en la isla de Leyte, donde luego fue ministro de doctrina en Palompong y Poro, alrededor de 1740, cuando Cabezas era provisor y vicario general del obispado cebuano. Suponemos que fue inmediatamente después cuando laboró en Cebú, con Protasio ya como obispo. Más tarde, en la isla de Samar, laboró en Lavan, fue rector y superior de Palápog durante cuatro años, alrededor de 1747, y también rector de Guiguan, alrededor de 1749. Posteriormente volvió a Leyte, alrededor de 1753, donde fue rector y superior de Carigara¹². Delgado ocupó, pues, varios cargos de responsabilidad dentro de la Compañía y estuvo en gran parte de las islas donde la orden tenía establecimientos misionales (ver tabla).

súiticas de Filipinas, 1581-1768 y 1859-1924, Manila, Tip. Pontificia de la Universidad de Santo Tomás, 1924, p. 61; M.^a Carmen Sánchez Téllez, «Juan José Delgado S.J...», *op. cit.*, p. 101; Charles E. O'Neill, SI. y Joaquín M.^a, Domínguez, SI. (dirs.), *Diccionario histórico...*, *op. cit.*, p. 1077; Eduardo Descalzo Yuste, *La Compañía de Jesús en Filipinas (1581-1768): realidad y representación*. Tesis doctoral. Bellaterra, 2015, pp. 629-631.

⁹ Charles E. O'Neill, SI. y Joaquín M.^a, Domínguez, SI. (dirs.), *Diccionario histórico...*, *op. cit.*, p. 1077.

¹⁰ Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, *op. cit.*, pp. 266, 316, 370, 485, 517, 551, 565, 577, 712, 869.

¹¹ *Ibidem*, pp. 82, 674 y 942; «Relación cronológica de los PP. y HH. de la Compañía que administraron los curatos de Luzón, Bohol y Mindanao, provinciales y superiores (1581-1768)». FIL 0013.4.3, f. 111. Archivo Histórico de los Jesuitas de Cataluña (AHSIC).

¹² Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, *op. cit.*, pp. 76, 265, 259, 514, 537, 539, 593, 622, 638, 650, 679, 707, 714, 718, 734, 764, 768, 799, 823, 833, 866, 867, 876, 896, 897, 901, 912, 914, 915, 923, 927, 936 y 937; Charles E. O'Neill, SI. y Joaquín M.^a, Domínguez, SI. (dirs.), *Diccionario histórico...*, *op. cit.*, p. 1077.

LA MISIÓN FILIPINA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII*

ISLA	PARROQUIAS, DOCTRINAS Y MISIONES	COLEGIOS
Luzón	Manila, Santa Cruz, San Miguel, San Pedro Macati, Antipolo, Bosoboso, <i>Taytay</i> (con visita de Santa Catalina), Cainta, Dayap, Mariquina, <i>San Mateo</i> , Payatas, Mayhaligue, Silang Indang, Naic, Maragondong, Cavite el Viejo, Ternate, Calamba, Tunasán, Liang Nasugbú, <i>Dalate</i>	Máximo de San Ignacio (Manila) San José (Manila) San Ildefonso (Manila) San Pedro Macati Loreto (Cavite)
Marinduque	Boac, Santa Cruz de Napo y Gasan	
Samar	Catbalogan, Capul, Paranas, Bangahon, Tubig, Calbiga, Buad, Humavas, Boac, Tinagog, Calvayog, Abac (costa oeste) <i>Lavan</i> , <i>Palápog</i> , Catubig, Catarman, Bobon, Sulat, Tubig y Borongan (costa este) <i>Guiguan</i> , Balanguigan, Basey y Lalaviton (sur)	
Leyte	<i>Cariraga</i> , <i>Barugo</i> , Jaro, Alangalang y Leyte (norte) Hilongos, <i>Palompong</i> , <i>Poro</i> , Ocmoc, Babybay, Cabalán, (oeste) Banigo, Palo, Tanauan, Dulac, Abuyoc, Dagami, Ilongos, Burabuen (este) Liloan, Maasin, Hinondayan y Sogor (sur)	
Cebú	<i>Cebú y Mandaui</i> (costa este)	San Ildefonso (Cebú)
Bohol	<i>Inabangan</i> , <i>Talibong</i> , Santísima Trinidad (norte) Loon, Malabohoc (oeste) Dauis, Tagbilaran, Loay, Loboc, Baclayon, Hagna (sur)	
Panay	Ilo-Ilo, Molo, Mandurriao, Arévalo (costa este)	San José (Otón, Ilo-Ilo)
Negros	Ilog, Buyonan, Gulhungan, Cabancalan, Cavayán, Himamaylán, Silapay (costa oeste)	
Mindanao	Zamboanga, Bagonbayan, Dumalong, Siocon, Cabatangan, Caldera, Ilaya, Polongbato y Siraguay (suroeste) Dapitan, Iligan, Layavan, Langan, Lubungan, Bayong, Misamis, Disacan y Talingan (norte)	Concepción (Zamboanga)

*En cursiva las poblaciones en las que laboró Juan José Delgado.

Fuentes: Miguel Saderra Masó, *Misiones jesuíticas...*, op. cit., pp. 20-21; Juan J. Delgado, *Historia Sacro-Profana...*, op. cit., pp. 147-149.

OBRA

El jesuita empezó a escribir su obra en 1751 y la terminó en 1754, pero no fue publicada hasta 1892. Existe en forma manuscrita en la Biblioteca Nacional de España (MS 7427), en el Archivo Histórico de los Jesuitas de Cataluña (FIL0217-FIL0218) y también, según Sommervogel, en los archivos de Manila. De hecho, el prologuista advierte que el manuscrito que se utilizó para la impresión de la obra no era el original de Delgado, sino una copia que habría realizado un filipino y que habría tenido que ser corregida, rellenada en algunos vacíos e incluso reinterpretada en algunas frases que resultaban incomprensibles¹³. La obra es una inmensa enciclopedia de geografía descriptiva, etnografía, botánica, zoología, medicina y farmacia nativas. Su redacción duró sólo 3 años y durante este período Delgado siguió ejerciendo sus cargos y dedicándose a los absorbentes ministerios espirituales como el resto de misioneros. Sin duda, el jesuita fue un hombre vitalista, talentoso, observador y disciplinado. En su obra habla de múltiples temáticas (marinería, comercio, tribunales...) y cita textos tanto de autores profanos como sagrados. En el momento de la redacción poseía una profusa recopilación de datos, pues continuamente tomaba notas de sus observaciones y llevaba un diario. Su obra es el resultado de una exhaustiva investigación de casi 40 años¹⁴. Delgado reivindica así sus esfuerzos:

No hay obra por perfecta que sea que no haya padecido el eclipse de la censura; pues tanta es la diversidad de los rostros como la de los pareceres, como dije ya. El docto y prudente que sabe el trabajo que cuesta escribir y leer en estas tierras, sin duda que agradecerá y aun admirará mi serio trabajo. El necio todo lo desprecia, porque no lo considera: muchos hay que nada escriben y nada hacen, y éstos ordinariamente se abrogan el oficio de jueces, no haciendo más que dar pareceres y sentencias, y censurando además todo cuanto leen; y á veces sin atender ni entender lo que desprecian y censuran. No es despreciable el oro de las minas aunque esté mezclado con la tierra vil. Desdén es propio de necios críticos el censurar á los que hacen algo que ni se atreven ellos á hacer ni lo podrán ejecutar¹⁵.

Se trata, sin embargo, de un plan frustrado. El prologuista de su obra señaló en 1892 que ésta era en realidad la primera parte de un proyecto de mayor envergadura que habría quedado incompleto por la repentina muerte de Delgado.

¹³ Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, op. cit., p. XIV.

¹⁴ M.^a Carmen Sánchez Téllez, «Juan José Delgado S.J.», op. cit., p. 103.

¹⁵ Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, op. cit., pp. 5-6.

Ciertamente, el jesuita terminó de escribir su libro el 6 de junio de 1754, ocho meses antes de fallecer. Se deduce del título, de la obra y muy especialmente del libro 2.º, donde menciona que en el futuro hablará de tal o cual tema, que esta *Historia* era la primera parte de una obra mayor. La segunda parte era la que propiamente debía llevar ese título, integrando el aspecto histórico, político, documental y crítico, y también la trayectoria y labor de la Compañía de Jesús en las islas, puesto que la primera parte no deja de ser un conjunto de datos ordenados y de conocimientos previos sobre el hábitat filipino y sus moradores humanos, animales y vegetales. Esta deducción no resta valor a la obra que sí pudo ser escrita, cuya envergadura es por sí sola colosal¹⁶. Todavía en la actualidad constituye una de las fuentes más extensas sobre la medicina filipina¹⁷.

La obra se estructura en cinco libros. En el primer libro el jesuita describe de forma detallada y muy completa la geografía de las islas Filipinas y las características de sus habitantes, y lo mismo hace con algunos archipiélagos adyacentes relacionados. El segundo libro constituye un completísimo conjunto de datos históricos en forma de relaciones y series cronológicas de todos los ministerios apostólicos, instituciones eclesiásticas y seculares, gobernadores y otros elementos de la vida civil, política, militar, religiosa y también económica desde la fundación de Manila en 1571 hasta el momento de redacción de la obra. Es particularmente llamativa la exaltación que hace de Manila, tanto por su riqueza, derivada de su papel estratégico en el comercio asiático, como por su grandeza, que equipara con la de cualquier otra ciudad de los reinos hispánicos. De hecho, fue el primero en llamar a Manila la «Perla de Oriente», epíteto que José Rizal usaría más de un siglo después. El tercer libro es un tratado de etnografía y antropología cultural del archipiélago. Delgado, a diferencia de otros cronistas, va más allá de la mera descripción de cada etnia y sus características e introduce nuevas variables e incluso aventura hipótesis sobre el origen de esos pueblos nativos. El cuarto libro es un tratado de botánica y medicina. Delgado enumera y describe minuciosamente cada especie vegetal, con sus aplicaciones médicas e industriales. El científico actual lo encontrará imperfecto en cuanto a taxonomía, porque aunque en 1737 Linneo ya aplicó por primera vez el sistema de clasificación natural moderno, éste tardó en divulgarse y llegó tardíamente a Filipinas, después de que el jesuita escribiera su obra. Pero, aunque las descripciones de Delgado no son técnicas, es minucioso y exacto, las enumeraciones de especies son interminables y está perfectamente informado de las aplicaciones de casi todas ellas, hasta el punto

¹⁶ *Ibidem*, p. XII.

¹⁷ M.^a Carmen Sánchez Téllez, «Juan José Delgado S.J.», *op. cit.*, p. 101.

de que todavía en la actualidad es una fuente apreciada por médicos y farmacéuticos¹⁸. El quinto libro adolece de las mismas deficiencias taxonómicas y técnicas que el anterior y es menos completo, pero es un acertado y breve tratado de zoología, tanto de especies autóctonas como de otras aclimatadas.

Delgado procura mostrarse siempre imparcial y su estilo es llano, sencillo y explicativo, sin términos griegos, para hacerlo más comprensible. Sin duda, quiso darle a su obra una orientación práctica y útil, de consulta. La lectura es fácil y amena, pero no vulgar, y el jesuita demuestra ser un hombre culto, conocedor de las obras clásicas griegas, latinas, judías y árabes, de médicos y filósofos, de naturalistas y botánicos. De su sencillez se defiende con estas palabras:

A muchos ofende el estilo llano, y sólo alaban aquellas historias cuyos períodos se encumbran por esos cielos, porque no saben distinguir entre el estilo histórico, declamativo, panegérico ó poético; yo he procurado huir, cuanto me ha sido posible de todos estos, y así, lector mío, hallarás solamente en esta historia, un estilo llano, seguido, claro, explicativo y propio, no afectado, ni mezclado con palabras griegas ó bárbaras, para que así más fácilmente comprendas la serie de los sucesos¹⁹.

Su esfuerzo se suma a la que es una de las aportaciones más notables de la Iglesia católica a Filipinas desde la época de la conquista: la atención a los enfermos, dada la ausencia casi absoluta de personal médico y de medicinas occidentales en las islas, y el desarrollo de la medicina y la farmacéutica nativas²⁰. Delgado mantuvo contacto con famosos naturalistas como los jesuitas Pablo Clain y Jorge Camel²¹, cuyas obras estudió, como también todos los datos botánicos que dejaron los primeros misioneros, como el jesuita Antonio de la Zarza, que laboró muchos años en Mindanao y escribió un tratado manuscrito sobre árboles, enredaderas y plantas medicinales²².

¹⁸ *Ibidem*, p. 103.

¹⁹ Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, *op. cit.*, p. 6.

²⁰ Pedro Borges Morán (dir.), *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas (siglos XV-XIX)*, vol. II, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1992, p. 748-749. Para una síntesis del tema, ver: M.^a Carmen Sánchez Téllez, «La medicina misionera en Hispano-América y Filipinas durante la época colonial», *Estudios de historia social y económica de América*, 6, 1990, pp. 33-40.

²¹ Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, *op. cit.*, p. XI. El padre Clain (1652-1717) fue profesor y rector del Colegio de San José de Manila, naturalista, estudioso de la lengua tagala y autor de numerosas obras. El hermano Camel (1661-1706) fue un afamado botánico en Manila que ejerció también de médico y enfermero. Miguel Saderra Masó, *Misiones jesuíticas...*, *op. cit.*, pp. 59-60.

²² Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, *op. cit.*, 794.

EL HOMBRE Y EL JESUITA: DE LA DEVOCIÓN RELIGIOSA A LA DEFENSA DE LOS INDÍGENAS

Pese a la vertiente fuertemente científica de la obra, no puede ignorarse que la religiosidad impregna sus páginas igual que ocurre con otras crónicas jesuitas. La misma dedicatoria del libro es para la virgen de Borongan, a quien nombra con gran pasión «acreadora» de todo su trabajo y a quien dedica su obra «no ya como ofrenda ú obsequio, por ser tan limitada y corta é indigna de vuestra grandeza, sino como deuda, por ser vos mi Señora y yo vuestro siervo y esclavo»²³. De hecho, por haber realizado ese trabajo le pide un único deseo:

[...] bien lo sabe vuestra majestad, todos los días os lo represento, porque sé que no os cansáis de oírlo, ni despreciáis la deprecación del pobre. Una buena y santa muerte es lo único que deseo en esta vida y en ella vuestro patrocinio, favor y amparo; y que recibáis en vuestra purísimas y santísimas manos mi alma y con ellas la presentéis pura y limpia en el acatamiento de la divina majestad, para que yo os alabe y glorifique eternamente; y á vos, soberana emperatriz, reina y señora mía, que todo ceda en honra y gloria del Señor y vuestra. Y esto, y nada más es lo que pido y deseo y quiero²⁴.

En la época en la que residía en Palápag visitó varias veces en peregrinación a dicha virgen, sintiendo gran felicidad por haber cantado misa el día de la bendición de su templo y «haber quedado herido de un solo cabello que vio y adoró en el soberano pecho de vuestra devotísima imagen de la Rosa, unido algún tiempo á vuestra augustísima cabeza». Para Delgado ella era la luz en la oscuridad, el consuelo que suplía la lejanía de su patria y sus padres²⁵. Ciertamente el jesuita no era ajeno al miedo hacia los múltiples elementos hostiles que rodeaban a los misioneros. Toda la literatura misional desde los inicios de la conquista de América está plagada de descripciones de escenarios sobrecogedores y de indígenas sanguinarios, siempre dirigidos por el demonio, entre los cuales se manifestaba la valentía de los jesuitas²⁶. Delgado se muestra igual de elocuente en su narración, aunque sólo percibe como peligrosos a los *moros*, que practicaban la

²³ *Ibidem*, p. 1.

²⁴ *Ibidem*, p. 2.

²⁵ *Ibidem*, pp. 3-4.

²⁶ José L. Betrán, «Como corderos entre lobos hambrientos». La literatura misional jesuita en las fronteras amazónicas del virreinato peruano entre finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII», *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo XIII (2014), pp. 185-193.

piratería sobre el resto de nativos, y, como científico, destaca los fenómenos naturales propios de esa zona tropical:

Rodeados de peligros vivimos en estas misiones visayas. Las morismas vecinas se unen para aniquilarnos y destruirnos, y sus datos y régulos vienen con numerosas armadas para robarnos y cautivarnos; los mares que frecuentemente navegamos se embravecen para sumergirnos, los ministros del demonio se encrudecen para matarnos; los baguios y huracanes se multiplican para azotarnos; los terremotos se embravecen para sepultarnos, y todo el infierno se aduna para confundirnos²⁷.

También se manifiesta en la obra de Delgado el providencialismo típico de las obras jesuitas de época moderna, donde los misioneros invocaban constantemente a Dios al sufrir algún peligro del que luego salían airosos²⁸. Por ejemplo, en su viaje de navegación a Cebú cuenta con detalle la furia de una tormenta y cómo les salvó la invocación del Santísimo Niño de Cebú²⁹. Pero pese a los peligros, es innegable que el jesuita sentía un profundo y sincero fervor vocacional y también, como veremos, un intenso amor por el archipiélago filipino y sus habitantes:

Puedo asegurar que ha más de cuarenta años que estoy en Indias y salí de Europa y de mi tierra y he visto unas y otras gentes y tratado con ellas, y digo y afirmo, que doy mil gracias á Dios porque me trajo a Filipinas, á cuidar de los indios, naturales de ellas; pues fué disposición del Señor sin haberme á mí pasado por el pensamiento; y vivo, y he vivido tan gustoso y contento que, ni por tentación, ha pasado por mi pensamiento el volverme á mi tierra, y sí mil veces fuera necesario dar vuelta al mundo por venir á estas misiones de visayas, mil veces la diera. Y á los que han vivido en Filipinas algunos años, no les parece bien ninguna otra tierra; aunque es verdad que para servir á Dios cualquiera es buena. Faltan á los religiosos en estos ministerios las grandezas de las cortes, los aplausos de los pulpitos, los lucimientos de las cátedras; pero, todo esto es un poco de viento, cuando no faltan los consuelos del cielo, que se logran en estas soledades [...]; y así por estar lejos de vanidades, en ninguna parte se puede servir á Dios, mejor que en esta tierra, principalmente para los que tienen vocación, y los llama á ella Dios³⁰.

Sin embargo, Delgado no se interesaba tan sólo por la ciencia, la religión y la salvación de las almas, sino que en su obra da constantes muestras de otro tipo de preocupaciones. Son estas inquietudes, que podríamos dividir en tres,

²⁷ Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, *op. cit.*, pp. 2-3.

²⁸ José L. Betrán, «Como corderos...», *op. cit.*, p. 192.

²⁹ Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, *op. cit.*, p. 577.

³⁰ *Ibidem*, pp. 295-296.

las que convierten al jesuita en un religioso singular. En primer lugar, declara su inquietud por el estado de la economía y el comercio de las islas y, en definitiva, por el bienestar material de los filipinos y su prosperidad. En segundo lugar, transmite una gran piedad y un intenso sentimiento de amor a Filipinas y a sus habitantes que no guardan relación sólo con su condición de misionero, sino también de hombre. Estas dos facetas, más humanas que religiosas, no eran tan propias del siglo XVIII como lo fueron en el XIX, cuando eclosionó una nueva etapa misional llamada «segunda primavera de las misiones» en la que la fiebre humanitaria se unió a la fiebre evangelizadora en igualdad de condiciones³¹. La tercera y más destacable preocupación de Delgado es la defensa de los nativos del archipiélago. No nos referimos sólo a la protección del indígena frente a los abusos de los colonizadores, pues esto ya fue reivindicado mucho antes por personalidades como el dominico fray Domingo de Salazar, primer obispo de Manila (1579-1594)³². El discurso pro-filipino de Delgado va más allá: reivindica la racionalidad y valía de los naturales de las islas, y por lo tanto también su derecho a ser ordenados sacerdotes. En toda su obra hallamos referencias al tema, pero es en el tercer libro donde el jesuita se detiene a argumentar exhaustivamente sobre ello durante nada menos que cuatro capítulos (V-VIII). El eje de su alegato contra la visión peyorativa de los indígenas de su época es una carta escrita en 1725 por Gaspar de San Agustín, un agustino madrileño (1650-1724) y autor de una esmerada obra acerca de la primera época del archipiélago³³. El jesuita publica con osadía en el capítulo VI la «Carta que escribe el muy reverendo padre fray Gaspar de San Agustín a un amigo suyo, dándole cuenta del natural y genio de los indios de estas islas Filipinas». La epístola fue publicada parcialmente en fragmentos por Sinibaldo de Mas en 1843 para describir el ca-

³¹ Henri-Charles Puech (dir.). *Las religiones constituidas en Occidente y sus contracorrientes II*, Madrid, Siglo XXI. Historia de las religiones, vol. VIII, 1981, p. 88; Álvaro López V., *Gregorio XVI y la reorganización de la iglesia hispanoamericana. El paso del régimen de patronato a la misión como responsabilidad directa de la Santa Sede*, Roma, Pontificia Università Gregoriana. Tesi Gregoriana: Serie Storia Ecclesiastica, 2004, pp. 103-105.

³² En 1583 Salazar escribió a Felipe II una carta con este propósito, titulada «Memorial de las cosas que en estas Yslas Philipinas de Poniente pasan y del estado de ellas y de lo que hay que remediar» y que recogió Wenceslao E. Retana en su *Archivo del Bibliófilo Filipino*, vol. III, Madrid, Viuda M. Minuesa de los Ríos, 1897, pp. 3-45.

³³ Gaspar de San Agustín, OSA., *Conquistas de las islas Filipinas (1565-1615)*, (1.ª ed. Madrid, 1698), CSIC-Instituto Enrique Flórez, Madrid, 1975. Biblioteca «Misionalia Hispanica», vol. XVIII.

rácter y las costumbres de los filipinos³⁴, pero Delgado la utilizó antes, aunque su obra se publicó con posterioridad.

El jesuita conoció en vida al agustino y expresa su admiración y respeto, pero añade que le impulsa a comentar su carta «el deseo de sacar en limpio la verdad, para que no se acobarden, entristezcan ó arrepientan aquellos á quienes Nuestro Señor escogiese y llamase á estas gloriosas misiones, pensando que vienen á lidiar cenias hidras y monstruos del África ó con gentes intratables, ásperas, bárbaras ó indómitas»³⁵. Es inevitable recordar la polémica entre el humanista Juan Ginés de Sepúlveda y el dominico fray Bartolomé de las Casas a mediados del siglo XVI, aunque éstos se centraron sobre todo en la legitimidad de la guerra de conquista sobre los indígenas. Como Sepúlveda, Agustín ve a los indígenas como inferiores a los europeos, tanto en el ámbito intelectual como en el cultural, y por lo tanto como siervos por naturaleza, sin excepciones. Las Casas niega esta generalización de la barbarie sobre los pueblos no cristianos, pero sobre todo defiende la evangelización pacífica³⁶.

La postura de Delgado supone un avance cualitativo. Contra la opinión de Agustín, que cree que todos los nativos son iguales, constituyendo simplemente un género, el jesuita defiende la individualidad del indígena³⁷ y afirma que los filipinos son «animales racionales como los europeos». Siguiendo su lógica científica, rehúye los casos particulares negativos y alaba las virtudes de la mayoría de naturales de las islas, ciñéndose siempre a su propia observación y argumentando en base a factores climatológicos, geográficos, de influencias humanas, etc, es decir, factores racionales³⁸. Asimismo, desaprueba los proverbios y los tópicos en que se apoya Agustín y esgrime como prueba la falsedad de toda generalización³⁹, pues «en las naciones más políticas nacen Molinos, Calvinos y Luteranos»⁴⁰. Delgado pretende devolver la honra perdida a los nativos y demostrar «con cuan poca verdad se imprime que los indios son los mayores enemigos que los padres ministros tienen»⁴¹. Para ello enumera las habilidades manuales y virtudes de los filipinos que

³⁴ Sinibaldo de Mas, *Informe sobre el estado de las islas Filipinas en 1842*, vol. I., Madrid, 1843, pp. 63-132.

³⁵ Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, *op. cit.*, p. 303.

³⁶ Sobre esta controversia, ver: Bernat Hernández, *Bartolomé de las Casas*, Madrid, Taurus, 2015, pp. 177-189.

³⁷ Juan J. Delgado, SI., *Historia general sacro-profana...*, *op. cit.*, p. 297.

³⁸ *Ibidem*, pp. 267-272.

³⁹ *Ibidem*, pp. 303-304.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 295.

⁴¹ *Ibidem*, p. 301.

él conoce y otras que ya describió Murillo Velarde, enfatizando el hecho de que sólo se suelen destacar los aspectos negativos, pero sobre todo, con gran pasión, reivindica lo que en su opinión olvidó Velarde y que a sus ojos es crucial⁴²: la eficaz e imprescindible labor de los filipinos en el archipiélago, pues son quienes siembran la tierra, cuidan los animales, llevan el galeón de Acapulco e incluso guían y atienden a los misioneros, en beneficio también de los españoles:

¿Este es el agradecimiento que les damos, cuando estamos dominándolos en sus mismas tierras y hechos señores en ellas, sirviéndonos ellos casi de esclavos? Debemos dar á Dios Nuestro Señor muchas gracias, porque nos mantiene sólo por el amor y bien de los indios en estas tierras, que si no fuera por este bien y por la salvación de los indios, quizá nos hubiera ya arrojado de ellas. Debemos asimismo á los indios mucho agradecimiento, puesto que Dios Nuestro Señor nos mantiene en sus tierras por ellos, y nos moriríamos de hambre, si ellos no nos sustentaran y nos dieran de comer, no nos sirvieran y nos llevaran por las islas con tanto amor y seguridad, que primero perecerán todos ellos antes que el padre perezca en tantos peligros como se ofrecen⁴³.

En consonancia con esto, recuerda que son los indígenas «los que nos defienden de nuestros enemigos, porque ¿quiénes son, en los presidios, los soldados, quiénes van á las armadas, quiénes van por delante en las guerras?». Asimismo, atribuye todo levantamiento indígena a la «la crueldad, maldad y tiranía de algunos alcaldes mayores y otros españoles que, levantados de viles principios se quieren en las provincias hacer dioses y reyes, tiranizando á los indios y á sus haciendas»⁴⁴. También defiende con auténtica vehemencia a los naturales de su supuesta pereza, ingratitud, corrupción, vicios, falta de educación, insolencia, soberbia, rencor, cobardía, lujuria, alcoholismo, etc, todos ellos defectos señalados por Agustín. Constantemente hace mención de la falta de pruebas del agustino, que a menudo señala pasajes de las Sagradas Escrituras o proverbios negativos para ejemplificar esas malas virtudes de los filipinos, como si sólo a ellos pudieran aplicárseles esos textos. En su contra, Delgado añade ejemplos de individuos españoles que realizan esas mismas faltas o, en otros casos, simplemente las niega en base a su propia experiencia. Para el misionero los naturales son «muy capaces» de aprender a leer, escribir y otras habilidades, y se debe «castigarlos como hijos, no como esclavos»⁴⁵.

⁴² *Ibidem*, p. 300.

⁴³ *Ibidem*, p. 301.

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 301-302.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 303-322.

El colofón de su alegato es la defensa de la promoción del clero secular nativo en Filipinas, un tema que generó controversia en su época, no tanto por la ordenación de sacerdotes filipinos en sí como por la adjudicación a éstos de algunos curatos, en vez de permanecer como meros coadjutores. Dicho clero nació en 1677 mediante una real cédula que ordenaba la instrucción sacerdotal de los nativos y su promoción en caso de reunir los requisitos necesarios. Inmediatamente el clero regular español mostró su oposición, reacio a ceder su espacio, pero pese a su poder, vital para el mantenimiento del régimen colonial, finalmente a mitad del siglo XVIII las autoridades civiles y religiosas acordaron secularizar gran parte de las parroquias como consecuencia de la resistencia de los frailes a aceptar la visita diocesana y al Real Patronato⁴⁶. Sin embargo, la precipitación de la medida hizo que muchos sacerdotes estuvieran poco preparados y que las mismas autoridades frenaran el proceso poco después, devolvieran las parroquias a los regulares y relegaran al clero secular a tareas de coadjutoría, lo que generó gran resentimiento en éstos últimos. Esta «cuestión clerical» terminaría convirtiéndose en el siglo XIX en uno de los elementos clave del nacimiento del nacionalismo filipino⁴⁷. Delgado no fue el único, pero sí uno de los pocos que, a título individual, defendió los derechos y validez del clero filipino, eludiendo tanto los condicionantes de índole racial como las conveniencias políticas que el sector contrario esgrimía. En su obra menciona «el respeto y reverencia que debo á los señores sacerdotes naturales de estas islas, conociendo yo en ellas algunos clérigos que, aunque indios, pueden ser ejemplo y confusión de los europeos»⁴⁸. Y como prueba hace referencia a dos sacerdotes filipinos ilustres: Eugenio de Santa Cruz, natural de Pampanga y alumno de San José, que fue provisor y vicario general de la diócesis de Cebú, y el tagalo Bartolomé Saguinsin, natural de Antipolo y sacerdote de Quiapo⁴⁹.

⁴⁶ Sobre el nacimiento y desarrollo del clero filipino, ver: John N. Schumacher, S.I., «The Eighteenth Century Filipino Clergy: A Footnote to De la Costa», *Philippine Studies*, vol. 26, 1-2 (1978), pp. 157-173; John N. Schumacher, S.I., «The Early Filipino Clergy: 1698-1762», *Philippine Studies*, vol. 51, 1 (2003), pp. 7-62; Horacio de la Costa, S.I., «The development of the native clergy in the Philippines», *Theological Studies*, 8 (1947), pp. 219-250; Luciano P.R. Santiago, *The hidden light: The first Filipino priests*, Quezon City, New Day Publishers, 1987.

⁴⁷ Roberto Blanco Andrés, «Forjando la identidad: la cuestión clerical en el nacimiento del nacionalismo filipino», en Marta M.^a Manchado y Miguel Luque Talaván (coords.), *Fronteras del mundo hispánico: Filipinas en el contexto de las regiones liminares novohispanas*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2011, pp. 281-316.

⁴⁸ Juan J. Delgado, S.I., *Historia general sacro-profana...*, *op. cit.*, p. 293.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 33, 293 y 891.

CONCLUSIÓN

Resulta sorprendente la escasa atención que Juan José Delgado ha despertado entre los investigadores, pese a la colosal obra que su actividad febril nos legó. Múltiples facetas de su libro son susceptibles de estudios mucho más extensos y profundos que el que aquí presentamos. Sin duda, Delgado puede ser calificado de instruido médico, pese a no poseer ninguna titulación académica, por su conocimiento de las enfermedades filipinas, sus causas, síntomas y desarrollo; de experimentado boticario, por estar atento a toda novedad farmacéutica y recolectar, conservar, preparar y administrar las medicinas; y de experto antropólogo, por su descripción minuciosa de las etnias, lenguas, religiones y costumbres nativas. Pero sobre todo, este jesuita destaca por su racionalidad y por su peculiar visión de Filipinas en todos sus ámbitos, basada en su propia observación empírica y carente de muchos de los prejuicios típicos de su época.